



Semanario del



Hogar del Marino

Año I.— 5 junio 1937. —Núm. 3.

Delegación de Marina en Madrid.



Un hombre, un guerrero, un símbolo; toda nuestra raza en tensión, en defensa de siglos por la independencia del país más codiciado por todos los pueblos del mundo por la fertilidad del suelo y la riqueza incomparable de sus minas; país que jamás se ha dejado ni se dejará imponer yugo.

BOCETOS BIOGRAFICOS

Como no había fábrica ni técnico alguno especializados en la materia, ¿ved qué obra la de Edison!, él tuvo que diseñar y construir hasta los más insignificantes accesorios; a su lado fueron especializándose equipos de obreros, y de la colmena de Melo-Park, cada vez mayor, salía la "Edison Electric Illumination Co.", que, tras de dotar, con el asombro de todos, a aquel pueblo de trabajadores con el nuevo alumbrado, obtenía la autorización para instalarlo en un barrio de Nueva York, de un kilómetro cuadrado de extensión.

Nuevos cálculos. El problema del gasto de cobre, resuelto también con una metódica y proporcional distribución de la red, genial intuición de llevar ésta por vía subterránea, pues ya el horizonte de la ciudad, con el sistema de alumbrado de Davy, el telégrafo y el teléfono, aparecía como una inmensa red de no extensas mallas. Luchas con los prejuicios, resistencia del público y comerciantes a la apertura de zanjas; pero, hombre tenaz, espíritu titán, como todo aquel que a sus actos los mueve un ideal, empuñó el pico y la pala, saltaba las zanjas, contenía con su gesto a los descontentos más audaces, y un día de septiembre de 1882, el hombre que treinta y cinco años antes nacía en Milán, modesto lugar del Estado de Ohio, convirtió en algo real y positivo el problema de la iluminación por la electricidad, que desde entonces, y parodiando a nuestro poeta, puede decir:

"...Yo a los palacios subí,
yo a las cabañas bajé".

Hemos visto cómo Edison dominó a la luz logrando distribuirla, conforme a las necesidades industriales o domésticas, a la distancia, poniendo en contacto los más apartados lugares con el telégrafo y el teléfono, y al tiempo convirtiendo con el fonógrafo el pasado en presente. Sin embargo, los hombres continuaban viviendo separados entre sí; no bastaba para disminuir esta distancia la fuerza del vapor aplicada en trenes y vapores, y el dominador de la electricidad consiguió adaptar a los vehículos potentes dinamos con inductor de baja resistencia e inducido de resistencia intensa; combinó dos dinamos de esta clase, una para el fluido y otra para el coche, y el nuevo portento de la electrificación de los locomóviles fué una realidad, y las grandes extensiones del Oeste de su patria empezaron a poblarse, y hoy son los grandes centros que todos conocemos.

Logró extraer hierro de las arenas del mar; la obtención del cemento industrialmente fué también obra suya, y la combinación de estos elementos aplicada a la construcción le dió la paternidad de esos monstruos de la arquitectura llamados rascacielos.

En su imaginación inagotable surgían proyectos fantásticos. Decía que las en-

fermedades podrían ser desterradas por la electricidad; que las fieras serían destruidas; que no habría lugar en la Tierra en el que el hombre no pudiera vivir y dominar.

Ya con la producción que someramente queda reseñada, Edison tenía derecho al reposo; sin embargo, a los cincuenta años, puesta su atención en un primitivo aparato, llamado zootropo o rueda de la vida, cimentó la colosal obra que algunos años más tarde los hermanos Lumière llamaron cinematógrafo.

Aun quedaba a Edison un nuevo triunfo en su asombrosa obra, y, tras no pocos ensayos, logró encerrar la energía eléctrica en ese aparato que revolucionó la locomoción automovil: el acumulador eléctrico.

Llegado a la cumbre, fundó en Orange el laboratorio de física y química más completo del mundo. Ciudad de trabajo, resumen de cuanto comprende el mundo del arte, de la ciencia y de la industria. Allí trabajó sus últimos años para perfeccionar la radiotelefonía y el cine sonoro. En su despacho recibió la noticia, en 1915, de haber sido condecorado con el premio Nobel.

Cuando, en 1917, su Patria sumióse en la hoguera del cataclismo que se llamó guerra europea, resolvió desde su puesto de trabajo diversas cuestiones, sometidas por el Gobierno a su talento y sagacidad, y de aquella labor quedaron incorporados al haber de la civilización el aparato que registra la presencia de un submarino a más de un kilómetro de distancia, y el caucho artificial.

Su portentoso cerebro seguía aún jugoso; sus simpáticas facciones conservaban la radiante expresión del genio; solamente su cuerpo sucumbía a la ley fatal de lo caduco, y en octubre de 1931, a los ochenta y cuatro años de edad, hubo de quedarse en cama.

Desde su habitación, donde la odiosa muerte había decidido arrebatarse del mundo a quien tantas víctimas supo sustraerle, contemplaba Edison su obra. El Sol que alumbraba la estancia y daba calor a su marchito cuerpo era el mismo que alumbró su heroica hazaña en la pequeña estación de la línea de Detroit; el mismo que vivificó sus horas de hambre y desventura; el que, a ser posible, hubiese detenido la marcha de los astros, asombrado con la obra del genio.

Murió el día 18 del mismo mes de aquel año, y sus últimas palabras fueron de aliento a sus discípulos: "Vosotros proseguiréis mi obra".

* * *

Desapareció su cuerpo; pero su obra y su nombre gloriosos quedaron para siempre. Mientras quede en la Tierra un ser consciente se sabrá que fué Edison el inventor del fonógrafo y de la lámpara de incandescencia.

H. VALLS.

UNA VISITA A MADRID

Al llegar a Madrid, en mi periódica visita, me he dirigido al Hogar del Marino para ver de cerca su funcionamiento, del que ya tenía una idea por las referencias dadas en nuestra revista AVANTE.

De uno y de otra podría hacerse un panegirico tan extenso, que llenaría bastantes columnas de la revista; pero lo reducido del tiempo en que tengo que preparar estas mal hilvanadas líneas, que entrego a solicitud de los compañeros que toman la Redacción, ponen un freno a mi deseo, dejando para otra ocasión realizar mi propósito informativo.

Llego al Hogar en el momento en que las clases están en todo su apogeo; a un lado se explican matemáticas; en otro se hacen ejercicios analíticos de nuestro idioma; allí se seleccionan temas para futuras conferencias; aquí se examinan libros, folletos, revistas, etc., con el fin de producir materia de ilustración a los alumnos. Todo es actividad. Los grupos compiten en discernir sobre las explicaciones de los respectivos profesores. Los que de éstos no tienen actuación en el momento, buscan en la copiosa biblioteca del Hogar materia para sus futuras clases.

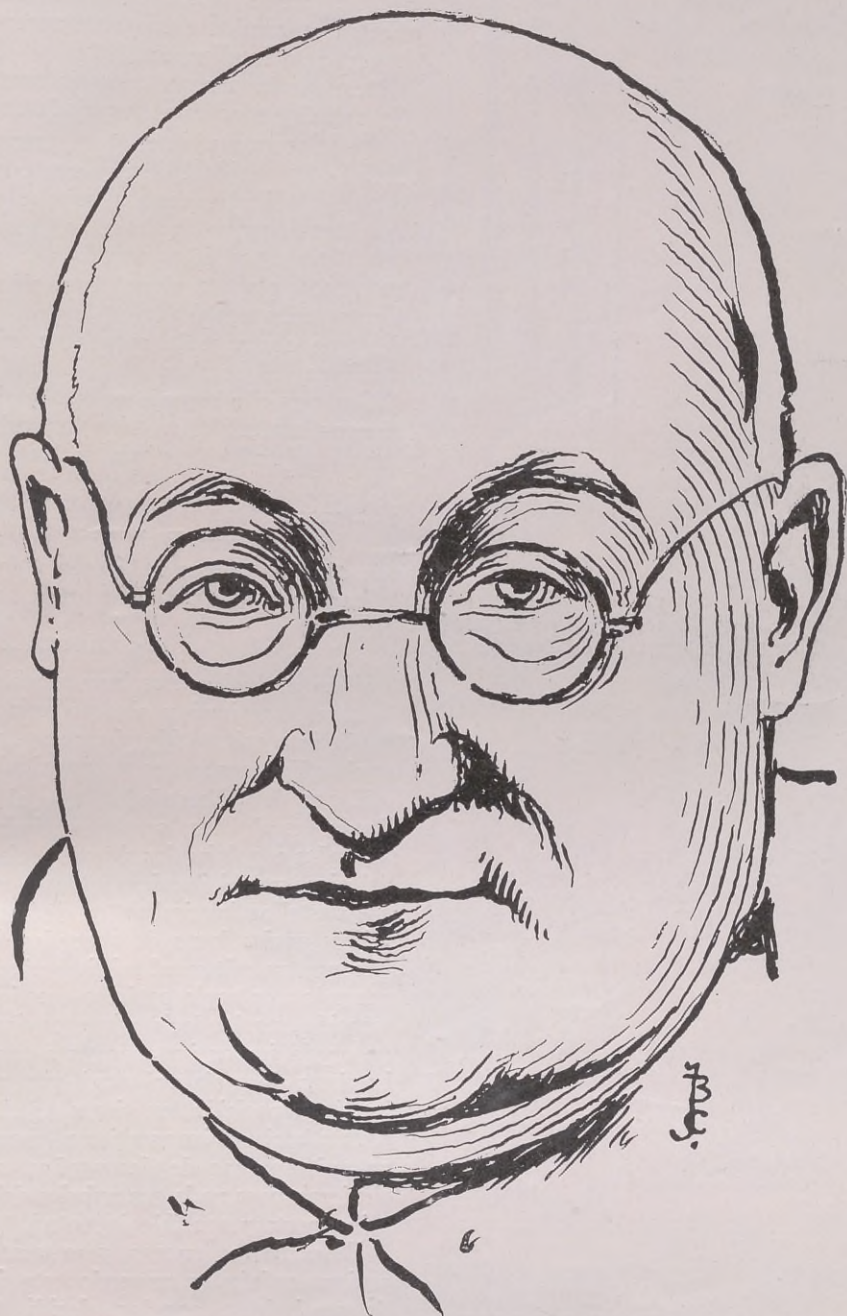
A un mismo tiempo se explican diversas materias a distintos grupos, según la aptitud, preferencias o inclinación de cada uno de sus componentes. He visto hoy preparar una conferencia sobre arte arquitectónico. Someramente me explicó el profesor su desarrollo, y he obtenido en el acto la absoluta confianza de que el aprovechamiento de las clases es total. La máxima de "enseñar deleitando" está aplicada como base del sistema pedagógico empleado en el Hogar con tal acierto, que es realmente un deleite asistir a los cursos. La aridez de algunas materias queda suavizada por la intercalación de un sistema anecdótico, que ayuda a consolidar firmemente en la imaginación del alumno novel la explicación del profesor.

Por otra parte, el régimen que impera en la escuela del Hogar contribuye en un elevado porcentaje al aprovechamiento del alumno. La cátedra no se ejerce bajo el régimen de severidad, de que siempre por práctica se investía el llamado a explicarla; aquí, el profesor no es sino un alumno más, que tiene sobre los otros la diferencia de su conocimiento, que difunde e inculca con la dulce suavidad de un amigo y no con la dureza del viejo domine.

Ante las observaciones hechas en plena actuación de la escuela, puede asegurarse, sin eufemismos, que el Hogar del Marino es una institución imperecedera—digna hija de quien la concibió—, no sólo porque cuenta de hecho con la ayuda moral y material de cuantos la conocen, sino porque es la realización de una idea tan noble, tan humanitaria y tan patriótica como la de la unión de los hombres, estimulando su acercamiento por medio de la cultura y del cariño.

J. L. LEGAZA.

Al caudillo Miaja



La Delegación de la Marina de guerra en Madrid no puede sentirse ajena al clamor popular de admiración y profundo respeto a que se ha hecho acreedor nuestro General Miaja.

Por ello, los marinos pedimos desde hoy y para siempre un puesto representativo en todos aquellos actos de demostración de cariño a tan digno militar, pues no en vano hemos quedado encuadrados en su mando (donde continuamos hoy) desde el glorioso día 7 de noviembre de 1936, y compartimos, orgullosos, vicisitudes y sinsabores de la guerra.

Por todo ello también estamos aguardando que esta guerra cruel nos depare un pequeño oasis de tranquilidad relativa para poder tener el honor de sentar a nuestra modesta mesa al caudillo, y rogarle comparta nuestro democrático rancho, y acepte un pergamino, en el que quede el recuerdo de nuestra sincera admiración y respeto, así como la gratitud que le debemos.

Yo, que he tenido ocasión de convivir con él durante días muy amargos, he podido apreciar, y me honro en hacer público, sus cualidades, de recio temple, y bondadoso carácter, cualidades muy propicias de la región que le vió nacer.

Siempre, y sin vacilación alguna, me he sentido dispuesto a complimentar cuanto me ordenaba, pues su autoridad y sus órdenes no admiten réplica, ni mucho menos admiten sugerencias, pues es hombre que subyuga y convierte en autómatas a cuantos le rodean. Este es el hombre; éste es el caudillo que defiende Madrid.—JUAN SANDE.

VULGARIDADES

Hay cosas nimias, y que merecen, sin embargo, un rato de meditación. Tal es, en mi concepto, el trastrueque vulgar que muchas gentes hacen con los términos *derecho* y *deber*. No parece que vocablos tan claros pudieran confundirse y aun suplantarse, y, no obstante, es frecuente oír afirmar, por ejemplo: "Como yo no he sido quien ha roto tal o cual cosa, no tengo *derecho* a pagarla." Y esta frase, tan sencilla, que podría parecer sólo una falta de cultura o de conocimiento del idioma, si no entrañara, además, una falta de lógica, me hace pensar muchas veces si no nos llevará, por la fuerza con que las palabras arrastran, a veces, a las convicciones, a muchos males de hecho. No se crea que la palabra es sólo un sonido o unos signos vanos sin contenido propio; cada palabra nos graba una representación en el cerebro, que *resucita*, por decirlo así, cada vez que usamos de ella. Y tal vez por azar, tal vez por una íntima ambición, no del todo consciente, tenemos esa propensión a usar palabras *adquisitivas*: *posesionarse* del cargo en vez de *servir* el cargo; tener *derecho* a... en vez de tener *deber* de...

Dicen que el lema del que fué Príncipe de Gales y después Eduardo VIII de Inglaterra, y hoy es súbdito británico, era esa palabra: *servir*.

Servir no quiere decir servilismo, sino ser útil, y eso precisamente es lo que necesitamos todos nosotros, ahora con más urgencia que nunca. Abracémonos estrechamente a la palabra *deber* para que pueda resplandecer en toda su serena virtud y en paz perenne la palabra *DERECHO*.

NIEVES LÓPEZ PASTOR,
Operario del C. A. S. T. A. Imprenta.

EL SAUCE LLORON

A F. M-B.

BREVE, DE CARLOS FEDERICO.

Usurpando vida a un río,
por la margen de su cauce,
ha que está frondoso sauce
de triste aspecto sombrío.
A su planto seco y frío
fuí a dejar mi pobre hiel,
y me contestó tan fiel
a las penas que llevaba,
que al punto vi que lloraba
las mías, y no las de él.

Se grabó tanto aquel día
en mi mente aquella escena,
que su lugar me enajena
y da pie a mi fantasía:
¡Pobre de mí! ¿Quién diría
que cuando suelo pasar
y veo al sauce llorar
con melancólico acento
me acerco, triste, un momento
y lo llevo a consolar?



Una revista militar en plena mañana de sol, en la terraza del edificio del Ministerio de Marina, donde radica hoy la Delegación del Gobierno.

Foto «Ahora».

Al correr de la pluma

DOLORES SOCIALES QUE EL TIEMPO NO BORRA

A los profesores y alumnos del Hogar del Marino, con toda consideración.

Vemos con verdadera admiración cómo el árbol de la ciencia, alimentado en su savia por el esfuerzo de generaciones que se van sucediendo, sube y sube más allá de las mismas constelaciones del cielo, en pretensiones de explorar incluso el propio misterio y ahondar los rincones profundos del espíritu.

Admitido por persuasión que si el universo material es análogo al flúido sutil que, denominado éter, sabemos en suposición cierta que llena el espacio al mostrar continua actividad en variadísimos fenómenos, el universo científico puede

traducirse en condensación del pensamiento, rama principal que, altiva y vigorosa, asciende siempre expansiva hacia la esfera azul y diáfana que rodea este planeta, indiscutible valle de lágrimas, para después ofrecer rico fruto, que la sociedad atrevida abroga en cierto derecho de igualdad, omitiendo a sabiendas el origen sobrehumano, y convierte en manzana prohibida valiosa cosecha de la que no pueden participar los nacidos en humildes pañales, aunque en razonables ansias quieran buscar el alimento del alma: la cultura.

Al alcance está de cualquier lego que no hay combustión posible sin el oxígeno, como tampoco existe posibilidad de que la ciencia subsista sin el importante elemento de la libertad. Alcanzada ésta, dentro del orden y medida natural, evolucionando, pronto caerá hecho trizas el va-

llado que impedía la mutua relación entre el alma y el cuerpo; entre el agente que conoce y aquel que desconoce —profesor y alumno, respectivamente—, propulsado por el motor, que pone en conmoción al hombre ansioso de aprender e iluminar su inteligencia.

Desde niño procuré recoger cierta sabiduría moral y educación despojada de malvadas hipocresías, que en el transcurso de los años dejó al descubierto centenares de obstáculos contra los que van a estrellarse lo que desde un principio he considerado sagrados derechos que, aun en pleno siglo xx, siguen oprimidos por férrea cadena caldeada en fragua diabólica que obstruye la ruta de perfeccionamiento del hombre.

Con pequeño menaje en la alforja, sin viandas materiales y sólo llevando por lema la virtud y hombría de bien, patrimonio único que sospecho poseer, comencé amargo camino que francamente muchas veces la ilusión juvenil mostraba a mis ojos como engañoso oasis, sonriente horizonte que con presteza la realidad disipaba.

Así, sintiendo a cada paso sangrantes heridas producidas por innumerables guijarros, continué y sigo todavía —hoy en distinta orientación al ocaso— por estrechos linderos, antes ya transitados por millones de desheredados, que al ir hollando escabrosos senderos, indudablemente les envolvían los claros resplandores del bien, que al iluminar nuestra marcha, sus destellos inspiraban en delicados cerebros ansias locas de aprender, de elevar nuestra cultura al máximo nivel. Pero apagado por soplo satánico ese foco que mentido resplandecía vírgenes ilusiones, no puede frenar justa protesta contra los hombres de mala voluntad que, por soberbia imposición, en tierna edad arrastraban hacia el ignorantismo, ahogándola en agitado mar de desengaños, sin que sirvieran para nada sus anhelos del saber, a inexperta y apacible juventud.

El poder es querer, reza sentencioso antiguo refrán, y creyendo esta filosofía de sentimiento popular, decidí, terco e iluso, juguete de sueños irrealizables, llegar a las propias aulas de esos arcaicos —en su régimen— establecimientos docentes de carácter oficial, sin ver en mi ceguera el rótulo que, deletreado por la conciencia, veda la entrada de aquel a quien sus pobres padres, carentes de bienes o sin retribuido enchufe —como se dice ahora—, no pudo dar el vil metal, causa de infinitos males, para satisfacer distintas matrículas. Pero, ¡ay de mí!, como de la constancia de hierro de mi famoso paisano Panduriño, el de la Troya, son contados en la vida, y yo no sólo desconozco los pistones del cornetín, ni el ruidoso tambor sé tañer, con estas recomendaciones, las puertas universitarias se cerraron a cal y canto. ¡Claro, si estaba desnudo, hambriento, sin alimento en el cuerpo y en el espíritu, vagabundo que busca imposibles, sin armas persuasivas para demoler metálico gozne que sostiene maldita armazón que selecciona a los hombres en castas, sin que valga para impedirlo ni el sano dictamen moral!

Esta no fué más que una de tantas aflicciones y decepciones que, ignominiosamente, la ley autócrata que, afortunadamente, el esfumino de los tiempos que avanzan va con fuerza esfumando nos brindaba, apenas penetrado en los umbrales de la pubertad, infalible condena de esclavitud, con previstas agravantes a los que demostrábamos la no resignación de ser cual sencillos autómatas y recibir solamente el pedazo de pan empapado en hiel de manifiesta bajeza social cuando ante el Hacedor somos objeto de igualdad, sin diferencia alguna, sobre todo en la concepción, y, luego, en la marcha a regiones desconocidas.

La ignorancia borra los más elementales idealismos de dignidad, motivo importantísimo que han comprendido en todas las épocas los grandes luchadores, que al final y en última instancia han de coronar la obra, rasgando el velo fatal, que permitirá bañar en río de cristalinas aguas cerebros, quizá privilegiados, trocados vulgares, ignaros, que, sin cultivar, moran en la obscura ignavia, impuesta por ciertos elementos sociales que no han querido darse cuenta que precisamente la falta de ilustración de los que dicen ellos somos de bajo nacimiento era, no solamente uno de sus máximos males, sino que inopinadamente nos llevaría a caer en el caos.

El maestro, o simplemente el dedicado a la enseñanza de juguetones niños en las primeras letras, debe ser de los funcionarios el más mimado por sus semejantes. La noble profesión de maestro es la de más larga, transcendental y gloriosa ocupación en la vida del hombre; de pura vocación y verdadero apostolado, porque recalca en la imaginación de sus discípulos, sometidos a él con cariño, desde demostrativas verdades de la ciencia, expuesta en la resolución de enrevesados problemas, incógnitas que, infaliblemente, encuentran siempre la ecuación logarítmica, a las insignificantes nociones de la aritmética, son de tal subido valor, que sólo la gratitud patria puede recompensar esta ardua y penosa labor de enseñar al que no sabe.

Soy entusiasta enamorado de la Pedagogía, y bien quisiera ser vate para la Musa, que suelo llamar, no ahora, en días de asedio inhumano en que el horror de cruenta guerra ronda nuestro alrededor, no; en otros momentos de paz en que mi enfermo espíritu necesita su melosidad, y que, cariñosa, responde a mi instar insistente, prohibiendo, en cambio, ¡eso sí, y bajo pecado capital!, que ritme porque, como hada misteriosa, sabe que los párrafos, en huída vergonzosa, irían a esconderse lejos de las cadencias, y las sílabas escaparían también del papel, rebeldes a la medida que, indudablemente, sólo es sumisa con los reconocidamente versados y dotados de las necesarias facultades que complementan el estudio, que entonces sí pueden familiarizar con cualquiera de las nueve deidades que, al amparo de Apolo y presididas por él, tenían bruja mansión en el monte Parnaso, desde donde protegían las ciencias y las artes, especialmente la

Un grupo de entusiastas marineros, colaboradores todos ellos de «Avante», a provechando los momentos libres para elevar más y más el nivel de su cultura.

Foto «Ahora».



divina expresión de la belleza por medio de consonantes y asonantes. Condicionado: ¿quién no se humilla, aun siendo viejo, a la voz argentina de hermosa beldad? Accede, benigna, a que descuelgue mi carcomido plectro para que en alas imaginativas de escasa inspiración pulse sensible cuerda y, en mala prosa, suene armonioso himno en loor de los que, como nadie, tienen la misión sublime de hacer un mundo mejor por medio de la enseñanza, la persuasión y el ejemplo.

Al decir pedagogo evocamos en esta dulce palabra a los que Voltaire consideraba excelsos hombres por haber prestado significativos servicios al género humano, entre los que, repasando los anales de la Historia, aparecen reseñados verdaderos ejércitos de luchadores que cayeron en holocausto del sacrificio de abrir paso libre a la cultura.

Arte, ciencia, filosofía, moral, revelación, misterio y esperanza es donde precisamente está la mano poderosa del personaje social e histórico necesario e imprescindible en cualquier época, antigua o moderna.

Mi pluma, torpe por demás, con el cansancio natural de la serie de incertidumbres que nos acosan, cansada, casi se resiste a seguir sus débiles trazos; pero el recuerdo de innumerables maestros que viven en la inmortalidad la sedujo a continuar fatigada marcha sobre el surco del papel.

Aristóteles, Sócrates, Platón, Jesús de Nazareth, Bellini, Haydn, Mozart, Descartes, Luis de León... y tantísimos otros difíciles de reseñar de los muchos que envueltos en el anónimo son astros de reconocida magnitud.

Simpáticos profesores, que habéis echado sobre vuestros hombros la cotidiana tarea, hermosa, pero también penosa, sabéis mejor que yo que enseñar al hijo del artesano —de que proceden vuestros alumnos— es la obra de incomparable realce a los ojos de la divinidad y de los hombres.

Y vosotros, queridos camaradas, que, constantes y sin perjuicio de pesados trabajos que hermana la vida militar, hacéis acto de presencia en la improvisada aula día tras día, no dejéis nunca de

efectuarlo, porque, al correr del tiempo, obtendréis el preciado galardón.

Os lo augura, como claro axioma, este viejo que todos conocéis, en la seguridad que llevaréis en la retina las horas alegres de clase, y, con ellas, la silueta de dos oficiales que, a insinuación superior, espontáneamente se han constituido en vuestros cariñosos profesores.

Esta expansión del alma trae a la mente días lejanísimos en que, como vosotros, ¡edad feliz!, iba a mis clases y me enredaba a bailar imaginativamente, al resplandor mortecino de esteárica bujía, con los infinitos números primos. Año a año severos profesores chapados a la antigua, que, en conferencia diaria, llenaban extensa pizarra de letras y signos para terminar con la acostumbrada frase de ritual: "¿Han comprendido?", contestando siempre afirmativamente, faltando descaradamente a la verdad, puesto que ni uno siquiera había podido retener la explicada lección. ¡Cualquiera se atrevía a insinuar el que salíamos en ayunas de embrolladas conferencias, que ellos, los profesores, repetían con idéntica cantinela años y años! Comparado con el de hoy, era odioso el sistema de ayer. ¡Cuántas tardes, siendo hombres y ya conjugando ese verbo que no necesita profe-

sores ni lecciones, distraídos con la amada, olvidábamos la divisibilidad o potencias de un número, y, ni que decir tiene que despuntando el bigote sobre el labio superior, indicio de hombría, y de tanta estatura como los gastadores y esbeltos Noriega y Martínez, temblaban nuestras piernas temiendo el roción y ciertos epitetos nada agradables, en verdad!

No obstante las repulsas —por nuestro bien— de los que tenían por lema brutal que la letra con sangre entra, van grabados en el espíritu con el cincel de la gratitud que obliga a estimar el beneficio recibido, que, agregado a supremo esfuerzo, nos permitió colmar la aspiración de todo mortal: ser útil a la sociedad.

No olvidéis, queridos camaradas, muchos de vosotros hijos de las costas gallicas, como el que os habla, que el analfabetismo fué plaga horrenda allá en nuestra patria celta.

Que vuestro derrotero en el extenso mar de la vida no encuentre cambios atmosféricos que puedan envolver la barca de agitada existencia en desatadas tempestades como las capeadas por este viejo al socaire de mil penas y congojas.

MAREY.

ESTAMPAS DE LA GUERRA

UN MARINO

Entre los dos azules, el mar y el cielo, el buque de guerra avanza gallardo, cortando la proa airosas montañas de agua que se rompían en espumeantes cascadas blancas.

Los roncadores del barco quebraban el silencio del mar en calma, y allá, en lo hondo, en el horizonte donde el cielo, eternamente enamorado, parecía besar al mar, una línea difusa marcaba la costa.

Un muchacho, casi niño, elevaba su figurita en la popa del barco, perdida su mirada en aquella línea lejana. Era un marino, un joven marino. Aquel era su primer viaje; la guerra le había empujado al mar; la guerra le había hecho marino, y aquéllo, navegar, era el resultado de sus ansias y de sus sueños mozos. Ser marino; y ya lo era. Uno más.

Pasaban a su lado marineros ya hechos, viejos lobos de mar, de rostro atezado y caras curtidas por los soles y los vientos de ambos continentes. Todos miraban al rapaz con simpatía, brillándole en los ojos un destello infantil, reflejo de almas ingenuas y sencillas. Que así eran los lobos de mar: nervios de acero, músculos de hierro, pupilas duras y corazón de niño.

De pronto, el horizonte se manchó con tres sombras móviles que avanzaban. Los timbres de alarma llaman a los hombres al combate; de proa a popa, de babor a estribor, el barco vibró de una conmoción intensa de ardor indomable. Sur-

gieron los hombres por las escotillas, y cada cual ocupó su puesto, en silencio, sin rechistar, sin un grito, sin una queja, sin una voz, con esa disciplina rígida y severa que sólo pueden ostentar los marinos.

Los puntos, mientras tanto, se habían agigantado considerablemente y se les distinguía ya con toda claridad. Eran tres aparatos enemigos "alas negras", gran fuselaje, triples hélices en las máquinas portadoras de destrucción y de muerte.

A través del megáfono vino desde la torre de mando la voz de fuego. El marinerito estaba junto a una ametralladora antiaérea, brillantes las pupilas, tensos los nervios, con un ligero estremecimiento nervioso de bravura y valor. En su primera salida al mar, en su bautismo de agua, recibía también el bautismo de fuego y de la guerra; pero no temblaba. Cuando pisó el barco era ya un marino, y él había oído a los viejos que los marinos no temblaban jamás.

Por omisión involuntaria de esta Redacción dejó de consignarse que el artículo publicado en el número anterior de esta revista por nuestra colaboradora María Luisa Carnelli es reproducido de nuestro querido colega *Ahora*. Las fotografías que figuran también en el expresado número se las debemos a la amabilidad de los no menos queridos colegas *Política* y *Mundo Obrero*.

Las negras máquinas describían círculos y espirales alrededor del barco. Cayeron varias bombas, levantando en el Océano nubes de agua y fuego que se elevaron hacia el cielo, como en un gesto amargo de maldición.

Pero el barco se defendía, se defendía con heroísmo, y un aparato, tocado en sus entrañas malditas, cayó envuelto en llamas cual gigantesca antorcha que alumbraba la victoria de los marinos.

El segundo huyó, después de soltar el lastre mortífero; pero el tercero quedó allá en lo alto, como halcón de muerte, como zarpa de fiera pronta a descargar su ira brutal y sanguinaria.

Y picando con violencia enfiló hacia el barco, abriendo el fuego de sus ametralladoras en abanico. Crepitaron las balas sobre cubierta, y el plomo rompió las maderas, fundió el hierro, partió los cables. Cuando la sombra negra pasó, sobre cubierta muchos hombres quedaban allá tendidos con los brazos abiertos, cual si quisieran estrechar aquellas tablas queridas, que no volverían a ver.

Viró el avión, y de nuevo en vuelo rasante se aproximó al barco con la velocidad de una flecha, iluminado por los fogonazos de sus ametralladoras.

El marinerito le vio llegar, tensó aún más sus nervios, y su mano se crispó sobre el culatín de la ametralladora. Los marineros, sorprendidos un instante, se tendieron junto a las bordas, buscando el escudo de la coraza.

Sólo el marinerito no se movió, esperó al pájaro maldito, enfiló su ametralladora, apuntó sin espantarse, y oprimiendo el disparador, metió toda la carga entre aquellas tres hélices, que dejaron de zumbar su ronquido de muerte.

Se alzó el héroe, brillantes las pupilas con un reflejo triunfal, y en aquel instante recibió en su pecho generoso la última bala que del aeroplano caía.

No gritó; se llevó la mano al pecho y la sacó teñida en sangre. Vaciló un segundo y después rodó abrazado a su ametralladora, cayendo sobre las tablas de la cubierta, que parecieron abrirse para recibirle.

Los viejos lobos de mar, de rostros y caras tostados por todos los vientos y todos los soles, recogieron el cuerpo del marino y lo envolvieron en la bandera del buque. Las caras curtidas, los rostros atezados, se humedecieron de lágrimas de respeto, de cariño, de admiración.

Fué en su primera salida al mar cuando recibió su bautismo de agua y de fuego, y fué cuando por primera vez vibró su alma al saberse marino. Fué su primera y última salida al mar; cayó sobre él, sin un grito, sin una queja, sin una voz, sin un lamento. Como un héroe, como un hombre. Como un marino.

ENRIQUE NAVARRO,
Escribiente-Auxiliar.

25-5-937.

De la originalidad de los trabajos publicados serán responsables los firmantes de los mismos

Un pueblo que saluda a «Avante»

Salud, AVANTE, semanario brioso y simpático, que apareces pujante y decidido, dispuesto a romper noblemente cuantas lanzas precisas fueren en defensa de la libertad de nuestro pueblo, noble y sufrido, y de la integridad de nuestra ultrajada patria.

Te saluda este pueblo, pequeño en extensión, y de aspecto, al parecer, humilde, pero incommensurable por lo que en él, para la madre España, se guarda, y elevado, enérgico y pletórico de acometividad y coraje cuando de defender los derechos y prerrogativas de sus hijos se trata.

Pueblo todo sentimientos, puramente honrados, conjunto de obreros ciegos para el trabajo cuando la legalidad, la justicia y la razón lo demandan, dirigidos por un núcleo de obreros también, que los orienta y defiende con el máximo cariño e indomable energía.

Reunión, en fin, de puños cerrados y brazos en alto, cual campo de espigas, que oscilaran al soplo vital de atléticos torsos, que repiten incansables al unísono las cariñosas y alentadoras palabras "¡Salud, AVANTE!", con que celebran, gozosos, la memorable fecha de tu orto, seguros de que los éxitos han de acompañarte en tu trayectoria de miras elevadas, que sólo terminarán con tu ocaso, que, si llega, será culminado en el heroico sacrificio de cuantos se sienten cobijados bajo la espiritual sombra de tu formato.

Y a vosotros, lobos de mar, atrevidos nautas, incansables trabajadores, defensores de mar y costas, audaces marinos y valientes soldados; a todos, que en estos momentos reunís, con vuestros jefes (democráticos camaradas vuestros en todo momento y ocasión) a la cabeza, en un solo haz de excelsos méritos cuantos se pueden amalgamar para conseguir un fruto homogéneo, puro, donde brillan el patriotismo, la lealtad, la bonhomía, el indomable valor sin jactancia, los anhelos de lucha sin alharacas, el amor y el respeto para la madre, que en vosotros, confiada, como madre, depositó cuanto poseía, segura de que sabríais guardarla y defenderla como vuestra palabra empeñada os exigía, ¡salud!

Os saludamos con toda nuestra fe y entusiasmo, recordando la extraordinaria conjunción que unos obreros de tierra han formado con unos obreros del mar. Surgió en un conocimiento agradable; siguió por un continuado conversar, ininterrumpido y mutuo, del que pronto nació el ofrecimiento de cooperaciones y mutualidades, siempre sincero y horro de egoísmos, que cristalizó en efectividades admirables y ejemplares de compañerismo, camaradería sana y con justa reciprocidad. Y en poco tiempo, la amistad, que recibe el espaldarazo con el partir del pan y el reparto de la sal como principio, y únicamente tiene su fin con la muerte; espirituales alfa y omega, de

que sólo dan ejemplo las convivencias entre obreros españoles, aun cuando sean de tan opuestos trabajos y condición como agricultores y marinos, siempre que se produzcan entre los invictos hijos de España, defensores de su República.

Y precisámetne por esta amistad que conservamos, estimamos y queremos por el respeto y cariño que habéis sabido inspirarnos, a vosotros, trabajadores también, dignos elementos que formáis en nuestra mundialmente envidiada y ensalzada Marina de guerra, este pueblo, que todos conocéis, y del que sabéis cómo os distingue y considera, os saluda y pide le tengáis presente cuando de su ayuda o colaboración necesitéis para conseguir el triunfo final de nuestra legítima causa: el aplastamiento del fascismo execrable, que sólo ruinas, dolor, odios y muerte va dejando en los surcos que sus pasos trazan en nuestra escarnecida tierra.

Así, pues, ¡a la orden! Que este pueblo, tan unido a vosotros, leales marinos españoles, espera el momento y la oportunidad de, por sus méritos propios, en esta lucha saturada de heroísmos, conseguir elevarse y destacarse, soberbia y bravamente, no sólo sobre los demás de su provincia, sino de los de la España leal toda, y lograr que éstos, en noble emulación, se lancen ¡AVANTE! para limpiar nuestra República de perjuros sin conciencia, que tratan de destruirla y, con criminales agravantes, de beneficiar a indeseables extranjeros, que llevan sobre sí innatos estigmas repulsivos, lacras inhumanas y sanguinarias, y como bandera de lucha al viento, el militarismo y la dictadura, el imperialismo destructor y rapaz y la persecución a todo lo que representa trabajo reivindicador, unión obrera, propugnación de libertades y, en fin, orden, fraternidad y trabajo, que es prosperidad, desarrollo, libertad...

¡Salud! Vuestros y de nuestra legítima causa.

BERTOCINI.

San Sebastián de Madrid, 35-5-37.

Dadas las circunstancias en que ha nacido este semanario, rogamos encarecidamente a los Habilitados de las distintas dependencias del Ramo recojan las cantidades con que buenamente quieran contribuir nuestros queridos lectores, enviándolas por giro postal, u otros medios que crean convenientes, al Hogar del Marino, en la Delegación del Gobierno en esta capital, para ayudar así a la publicación de esta revista, que no persigue más objeto que el valioso de difundir la cultura entre los humildes y el amor a la Marina y, por consiguiente, a la Patria libre. Por anticipado damos gracias a todos los donantes.

Acción de la Aviación contra los buques

Siendo la Aviación en la guerra un elemento imprescindible, dada su facilidad de empleo, tanto en tierra como en el mar, voy a intentar el hacer una pequeña reseña con algunos datos y opiniones de técnicos extranjeros en lo que afecta principalmente a la parte naval:

1.º La Aviación puede en el mar aplicarse con dos fines: uno para impedir los medios de tráfico y el otro para atacar a los buques de guerra.

2.º La Aviación puede atacar a cualquier buque o flota enemiga en cualquier situación en que ésta se encuentre, ya sea en puerto o en la mar, mientras que los buques de guerra sólo pueden atacar a la Aviación cuando éstos se hallan fuera de la protección de sus bases fortificadas.

3.º A una fuerza naval que se encuentre en la mar le es imposible escapar a la acción de la Aviación, por razón de la superioridad enorme de velocidad que

tienen los aviones sobre las distintas clases de buques.

Aviones contra buques.

El peligro que la Aviación representa para cualquier clase de buque, bien sea de tráfico o de guerra, puede apreciarse simplemente sabiendo que la bomba de Aviación es el proyectil de más potencia demoledora que se conoce, pues su potencia de destrucción depende de su carga explosiva, siendo ésta aproximadamente cinco veces mayor a la carga explosiva que llevan los proyectiles de artillería; es decir, que una bomba de Aviación, cuyo peso sea el de 800 kilogramos, lleva una carga aproximada de 450 kilos de explosivo, mientras que un proyectil de 38,1 centímetros, cuyo peso aproximado es de 880 kilogramos, lleva solamente unos 85 kilos de carga explosiva.

Las bombas de Aviación, en su caída vertical, adquieren velocidades de más de 300 metros por segundo, lo que supone una energía suficiente para perforar cual-

Para tener la talla moral de un hombre debemos medirlo por su lealtad —N.

quier blindaje horizontal de los que hoy existen. Sobre este punto, el ingeniero naval francés Rougeron, dice textualmente: "Para estar seguro de perforar los 150 milímetros de coraza de un acorazado tipo Nelson, por encima de sus paños de municiones, será necesaria una bomba de 400 a 500 kilogramos. Será preciso también que ésta sea de diámetro reducido para aumentar sus cualidades de perforación, con detrimento de la carga explosiva, que sigue siendo superabundante".

Contra los buques menos protegidos, tales como cruceros de 10.000 toneladas y aun para los acorazados hasta las 15 ó 20.000 toneladas, bastan las bombas de 60 a 150 kilogramos.

El peso unitario de la bomba estrictamente suficiente para la perforación decrece como el cubo del espesor de protección.

Las bombas del tipo guerra, de paredes delgadas, atraviesan el conjunto de las cubiertas blindadas de los acorazados antiguos.

Añádase a todo esto que las bombas no necesitan dar precisamente en el buque. Las que hacen explosión junto a él en el agua producen efectos de ariete semejantes a las del torpedo, pero más potentes por ser mayor su carga explosiva. Existe alrededor de los buques una faja o zona peligrosa, cuya extensión depende del peso de la bomba, que hace aumentar considerablemente la superficie que pudiéramos llamar útil para el bombardeo. Las probabilidades de alcanzar esta zona son bastante grandes.

El bombardeo aéreo, por consiguiente, a causa de la potencia de las bombas y de las probabilidades de alcanzar el blanco, tiene la eficacia necesaria para producir daños de consideración en cualquier clase de buque.

Existe otro medio de ataque, que es por medio de torpedos, para lo cual existen los aviones llamados torpederos; estos aviones pueden lanzar torpedos de características análogas a los empleados en la Marina, cuyos efectos contra cualquier clase de buques están plenamente demostrados.

En los ataques aéreos con torpedos hay muchas probabilidades de hacer blanco a causa de las cortas distancias en que estos aviones efectúan sus lanzamientos. Según las declaraciones del almirante inglés Mark-Kerr, en ataques realizados contra buques envueltos en nubes de humos, se obtuvo un promedio del 41 por 100 de impactos.

En resumen, vemos que la Aviación, por su rapidez de movimientos y la posibilidad, ya demostrada, de llevar a cabo un ataque, valiéndose de las cortinas de humos, aumenta la eficacia del ataque aéreo con torpedos.

Por esta circunstancia, la Aviación posee dos medios eficaces de agresión contra cualquier clase de buques, cada uno de los cuales tiene la potencia destructora suficiente para poner fuera de combate a un buque cualquiera.

EDUARDO DELGADO,
A. SUBALFONSO NÚÑEZ

DEFENSA PASIVA ANTIGAS

¿Son útiles los Convenios internacionales?—Difícil es opinar en esta materia, aunque en la práctica los ataques con tales armas son espantosos y deberían evitarse a todo trance.

El Derecho internacional es un Derecho consuetudinario.—Se firman y pactan Tratados que prohíben los ataques aéreos, y cuando llega la ocasión de ponerlos en práctica son, por decirlo así, un papel mojado. Este hecho no se puede negar. Es cierto que varias veces se ha intentado ponerse de acuerdo para suprimir, en la práctica, los aparatos de bombardeo o, a lo menos, prohibir el bombardeo sobre la retaguardia; pero justo es confesar que, aunque se han firmado tales Convenios, no han sido respetados por ninguna de las partes. Por lo que llegamos a la conclusión siguiente: "Pasan las Conferencias de desarme; sólo queda el pueblo a merced de unos y otros, y es él mismo quien debe protegerse y prepararse, sin tener esperanza ninguna en los Tratados de no violación."

La Cruz Roja.—Pese a los acuerdos internacionales y reconociendo el peligro aeroquímico, la Cruz Roja internacional, en su reunión en el año 1924, en Ginebra, sentó el siguiente principio: "Es necesario que las naciones se den perfecta cuenta del peligro de que están amenazadas." Por esta razón, no es de extrañar que la Cruz Roja acometiera en años sucesivos el problema de la "Protección de la población civil contra los peligros de la guerra química", y años más tarde (1928) extendiera su protección contra otros medios de combate, ya que el peligro del gas no parecía decisivo, pero sin olvidarlo a pesar de las garantías que daban los acuerdos internacionales.

De unos años a esta parte la Defensa Aérea ha tomado un incremento altamente satisfactorio y muchas naciones pugnan entre sí para ocupar un lugar preeminente.

No fueron ya únicamente las organizaciones sanitarias las que pidieron la Defensa Aérea Civil, sino los Gobiernos de algunos Estados los que, comprendiendo su necesidad, la crearon y protegieron para defender a las ciudades contra el ataque aéreo, y en esto la Cruz Roja está llamada a desempeñar un gran papel y tiene campo ilimitado para su humanitaria labor.

La Conferencia del Desarme.—A pesar de la Sociedad de Naciones y de los trabajos llevados a cabo por la Conferencia del Desarme, ha habido, hay y habrá guerras.

Un pueblo que no sabe apreciar y valorar debidamente todos estos precedentes se encontrará sin ayuda en los conflictos internacionales y entregado a su perdición.

Por todas partes se piensa en poner en práctica la defensa aérea, y casi simultáneamente se constituyen en casi todos los Estados Asociaciones para la Defen-

sa Aérea Civil. Encuadradas así en el marco de una Asociación, se resuelven, naturalmente, con más facilidad las diversas aspiraciones y se llevan a la práctica con mayor rapidez. Corroboran lo dicho las Asociaciones del Extranjero, de las que citaremos, entre otras, la "LO PP.", de Polonia, y la "Ossoaviachini", de Rusia, que cuentan con millones de asociados. Y así, unidos el Estado y el pueblo, trabajan con un mismo espíritu, y surge así una Defensa Aérea realmente poderosa y de grandísimo provecho.

Prácticas de Defensa Aérea Civil.—La Defensa Aérea Civil exige, desde luego, el entrenamiento y la práctica, a veces de bastante tiempo, para poder recoger experiencias exactas. También ocurrirá que estas prácticas exigirán la perturbación de la vida ordinaria de una ciudad; pero el mando tiene una razón suprema: *los habitantes de una ciudad tienen que aportar este insignificante sacrificio en pro de su seguridad.*

No podemos extendernos sobre la Defensa Aérea Civil en los países extranjeros porque es un trabajo que excede los límites de esta revista, aparte de que la prensa diaria informa ampliamente sobre ello.

Las grandes potencias militares ayudan a la Defensa Aérea Civil con miles de aparatos de caza y con baterías anti-aéreas. Y en los Estados pequeños, la Defensa Aérea Civil ayuda al Estado, ya que éste no puede mantener grandes flotas aéreas para su defensa.

La defensa aérea de la población civil en España.—Aparte de las razones que son decisivas para otras naciones, tiene España razones evidentes, puesto que estamos aprendiendo en nuestra propia carne, para protegerse contra el peligro del aire y comenzar su organización. Razones históricas y geográficas nos enseñan.

España ocupa en el Mundo un lugar que, si bien puede considerarse como privilegiado, también es verdad que por ser, por decirlo así, puerta de paso entre los mares Mediterráneo y Atlántico y lazo de unión entre Europa, América y África, está expuesta más que muchas otras a los ataques aéreos, tanto por tierra como por mar. Basta echar una ojeada a la Historia de España para darse cuenta enseguida del papel que ha jugado España en la historia del Mundo. Cartago, Sagunto, Numancia, Viriato, Covadonga, Pelayo, Navas de Tolosa, Lepanto, Trípoli, Ostende, San Quintín, América, Magallanes, Dos de Mayo, Bailén, San Marcial, Trafalgar y tantos otros, son nombres que resumen la historia de un pueblo estrechamente ligado a la historia del Mundo, a veces hasta tal punto, que la Historia de España es la Historia misma del Mundo.

JULIO GARCÍA PÉREZ.
Comandante Médico de la Armada.

(Continuará.)

Imprenta del Ministerio de Marina.—Madrid.